agradecida á la buena voluntad que mostraban sus amigos, que al despedirles dijo al doctor:

—« Dios le premie en el Cielo su caridad, aunque tengo para mí que ha de premiársela también en la tierra.»

Y en efecto, estas palabras fueron proféticas; poco tiempo después ocupaba la Silla episcopal de Calahorra.

Al cabo de dos días volvió Fr. Pedro de la Purificación con nuevos tratos, difíciles también de aceptar por las condiciones que ponían los dueños.

—No hay sino tener paciencia, Padre mío, —le dijo la fundadora;—harto siento el trabajo que su paternidad se toma en estos asuntos.

—Bien pequeño es,—contestó el religioso;—lo que aguija más mi deseo es verla pronto fuera de este hospital, triste y malsano.

—No le dé cuidado tal cosa; antes crea que he de echar menos en otra parte las dulces consolaciones que aquí tengo.

—Para hallarlas preciso es que su reverencia sea santa: mucha fama tiene de ello, pero hasta que la he tratado no he conocido lo justa que es.

—Tres cosas han dicho de mí en el espacio de mi vida,—repuso la santa Madre en tono jovial,—que era cuando moza de buen parecer; luego que era discreta, y ahora que soy santa: las dos primeras en algún tiempo las creí, y me he confesado de haber dado crédito á esta vanidad; pero la tercera nunca me he engañado tanto que haya jamás venido á creerla.

—Pero ¿negará su reverencia que la vemos ejecutar empresas y manifestar ánimos que parecen de efecto sobrenatural?

—Todo es de Dios,—repuso apresuradamente, como si le contristara la buena opinión que de ella tenían;—veo muy claro que en esas cosas no pongo nada de mí.

Fray Pedro no pudo menos que admirarse de tan profunda humildad, y guardó un discreto silencio mientras la sierva de Dios proseguía:

—Bastante hemos hablado de la santidad que me atribuyen; hablemos un poco de las casas en que ha de fundarse el monasterio: he pensado detenidamente en la que indicó el doctor Manso, y quisiera que vuesa paternidad rogara al licenciado Aguiar que fuese á verla.

—Iré hoy mismo si le parece.

—Sí, Padre mío, y quiera el Señor que todo acabe pronto y bien.

El religioso se despidió, y Teresa de Jesús bajó á visitar los enfermos como acostumbraba hacer diariamente, pues tal consuelo daba á los desdichados su presencia, que la hospitalera la importunaba con sus ruegos para que no dejase de ir.

Aquella tarde, los destemplados gritos de un infeliz alborotaban y llenaban de congoja á los demás; dirigió la santa Madre sus pasos á la estancia del paciente, y se detuvo al pie del lecho, donde se retorcía con horribles dolores.

—«Hijo mío,—le dijo,—¿cómo dais tales voces, y no lleváis ese mal con paciencia por amor de Dios?» (P. Yepes, lib. III, fol. 240.)

—¡Ay, Madre!—repuso el enfermo.—«Es tanto lo que sufro, que parece quiere arrancárseme el alma.»

Teresa permaneció un rato junto á él en fer-

vorosa oración, y el padecimiento fué calmándose poco á poco; por último, un sueño reparador, como hacía mucho tiempo no gozaba, se apoderó del pobre, y quedó rendido á su benéfico influjo. Desde aquel día nadie volvió á oirle quejar desesperadamente; antes sufría las curas con heroica resignación, y mejoraba de espíritu al par que se restablecía de cuerpo.

VI

Cuatro meses hacía que las religiosas estaban en el hospital, cuando el licenciado Aguiar, después de ver la casa que la santa Madre le había encargado, vino bastante satisfecho de ella; vacilaba la fundadora porque pedían mucho más; el Señor le dijo:

—*¿En dineros te detienes? (Fundaciones*, capítulo XXXI, núm. 19.)

Oyó estas palabras cuando en Misa aquel día encomendaba á Dios el asunto, y la animaron para pasar por la cantidad que pretendían. Aguiar negoció con tanto tino, que alcanzó grandes ventajas; y cuando se dieron cuenta de ello otras religiones que deseaban la finca, estaban hechas las escrituras; por fin las descalzas tuvieron convento la víspera de San José.

Todavía se ofrecieron algunos trabajos por causa de unas cartas que el obispo de Palencia escribió á D. Cristóbal de Vela, mostrándose muy sentido de la conducta que éste observaba con las carmelitas; cartas que, si hubieran llegado á poder del Arzobispo, sin duda le produjeran grave enojo, el cual evitó prudentemente la santa Madre recogiendo las peligrosas misivas, y triunfando así de este obstáculo, como de otros muchos que levantó el enemigo.

Las dificultades de renta las cortó generosamente Doña Catalina de Tolosa; pero Teresa de Jesús se apresuró á renunciar en secreto de tal liberalidad; por lo que el convento quedó peor que si declaradamente fuese pobre, pues creyéndolo rico nadie se cuidaba de proveerlo; envió además la buena señora ajuar completo de cuanto la Comunidad necesitaba, y para remediar algo la falta de recursos trajo para novicias á sus dos últimas hijas, cuyos dotes fueron preciosos auxilios.

En tanto escribía la santa Madre á D. Alvaro Mendoza y le rogaba encarecidamente que, en vez de manifestarse agraviado con el arzobispo de Burgos, se le mostrara agradecido, lo cual importaba á su quietud y al buen término de todo. El prelado de Palencia accedió por Dios y por complacer á la fundadora, que no fué corto sacrificio.

Llegó la carta en tan buena ocasión, que Don Cristóbal de Vela, ya más calmado (pues había visitado á las descalzas dos veces en el hospital y una en su nueva casa), consintió al fin en dar permiso para que se tomara la posesión, suceso que Teresa predijo la semana antes diciendo á Fr. Pedro de la Purificación que, desconsolado por lo que tardaba, quería ausentarse:

—«Mi Padre, no tenga pena, que el Santísimo Sacramento estará puesto antes de ocho días.» (P. Yepes, tomo I, lib. II, fol. 436.)

VII

El 9 de Abril de 1582 dijo el doctor Mauro la primera Misa en la nueva iglesia, y con gran solemnidad celebró el prior de San Pablo la mayor, con mucha música de ministriles, que, sin ser llamados, acudieron sólo por la alegría que reinaba en la ciudad del buen término que habían tenido los trabajos de las descalzas. Llamóse el convento San José de Santa Ana, y predicó el Arzobispo la fiesta de la fundación para mostrar su contento con la santa Madre, cuidando á la vez de explicar la pena que le causaba que se hubiese tardado tanto el logro de sus religiosos anhelos.

Pero á la alegría del numeroso pueblo allí reunido, aunque todos hacían suya la causa de las siervas de Dios, superaba la de Doña Catalina, que lloraba y sonreía á la vez; los sentimientos de esta buena señora y la felicidad que veía asegurada para sus carmelitas, infundían tierna devoción á Teresa de Jesús y repetía dulcemente:

—«Señor, ¿qué pretenden estas siervas vuestras, sino serviros y verse encerradas por vos adonde nunca han de salir?» (*Fundaciones*, capítulo XXXI, núm. 25.)

—Extraño es, en verdad, este afán de clausura, «y si no es quien lo pasa,—dice la fundadora,—no se comprende el contento que se recibe cuando ya nos vemos donde no puede entrar persona alguna seglar; pues por mucho que las quisiéramos, no basta para dejar de tener un gran consuelo cuando nos vemos solas; paréceme que es como cuando en una red se sacan muchos peces del río, que no pueden vivir si no les tornan al agua; así son las almas acostumbradas á estar en las corrientes de las aguas de su Esposo; pues sacadas de allí á ver las redes de las cosas del mundo, verdaderamente no se vive hasta tornar á ellas.» (*Fundaciones*, cap. XXXI, núm. 25.)

Poco tiempo después de tan venturoso día, y cuando Teresa de Jesús se disponía á dar el hábito á algunas doncellas de las muchas que solicitaban alistarse en la bandera de la Reforma carmelitana, unas copiosas lluvias produjeron gran crecida en el Arlanzón, y en la noche del 24 de Mayo desbordó el río, extendiéndose en peligrosas inundaciones. Por hallarse situado en terreno bajo, está el convento amenazado de tal modo que aconsejaron á la fundadora que lo abandonara y se refugiase en la parte alta de la ciudad; pero Teresa, disponiendo en una sala primorosa capilla, hizo trasladar al piso principal el Santísimo, y ordenó con sus religiosas tan eficaces rogativas que cesaron repentinamente las lluvias, el daño se contuvo y la ciudad se salvó por un verdadero milagro.

Aunque muy enferma al principio y luego convaleciente en apariencia, la santa Madre trabajaba sin descanso, con un ardor febril que parecía crecer en lugar de entibiarse; nombró priora á Tomasina Bautista, y subpriora á Catalina de Jesús, que para este objeto trajo de Valladolid; pasó el verano en escribir cartas, anhelante de concluir cuantos asuntos tenía pendientes, pues ansiaba volver á Avila y dar el velo de profesa á su sobrina Teresa de Cepeda, que la llamaba con grandes instancias.

¿Cómo vivía el monasterio sin rentas? Este era el continuo prodigio de las casas que fundaba la sierva de Dios.

—«Para hacer un convento,—decía,—basta una casa alquilada, una campanilla y una cruz; el Señor provee abundantemente lo demás.»

Las hijas de la viuda de Tolosa y otra noble doncella, recibieron el hábito el mismo día de manos del Arzobispo; cuando aquella noche daba en el coro gracias á Dios Teresa de Jesús, oyó la voz del divino Esposo que la decía:

—*¿En qué dudas? Esto está acabado; bien te puedes ir.* (*Fundaciones*, cap. XXXI, núm. 26.)

CAPITULO XII

AL CAER LAS HOJAS

I

SEPTIEMBRE, el mes de las frescas brisas, tan agradables después de los ardores del estío, enriquecía la naturaleza con las galas de su fugaz reinado; un vago tinte de oro y fuego daba toques brillantes por do quiera; las colinas, cubiertas de viñedos, mostraban entre los rojos pámpanos un tesoro de racimos como apretados rubíes; los vendimiadores bajaban á los lagares con sus cestos de palma llenos del sabroso fruto; los granados, manzanos y membrilleros mostraban sus sazonadas pomas, medio ocultas por las verdes hojas, y los brezos, zarzas y lentiscos, teñidos de vivo color de púrpura, se mezclaban en vistoso maridaje con las adelfas y madroñeras.

Los días eran templados, y las noches serenas y apacibles; el vientecillo de otoño se diver-